aparte y **clasificación** del ganado, estas tareas y las necesarias para contener individualmente a los animales durante la **yerra** o la **doma**—bolear, enlazar, pialar, embozalar, palenquear, etc.—son otras tantas de las modalidades del trabajo, en las cuales se ponen en evidencia, por la propia emulación, la habilidad y destreza en el manejo del caballo y en el uso de los útiles de trabajo. Esas faenas al aire libre, en cuya ejecución hay que emplear fuerza y energía, valor y astucia, habilidad y destreza, constituyen no sólo un trabajo, sino también un torneo y una fiesta (1) en los cuales se lucen la belleza y la bondad del caballo, la habilidad y guapeza del jinete y el mérito y el valor de las prendas del apero.

Entre las faenas camperas, hay que destacar especialmente la **doma de potros** (figs. 98 y 99) por ser ella donde se ponen de manifiesto y con su más alto relieve las cualidades de jinete del hombre de campo (2).

---

(1) José Hernández "Martín Fierro".

Chanteclair en la mesa del laboratorio

Por el Sr. Angel Bianchi Frizera
Secretario de la Escuela de Veterinaria

El gallo, el altivo volatil de apuesta figura y pintado ropaje; emblema secular de una nación poderosa; encarnación de selectas virtudes masculinas; espejo de nobles cualidades, el glorioso Chanteclair, en suma, cantado por Rostand en versos sonoros y pulidos, fué a parar a una prosaica mesa de laboratorio, donde sabios doctores hallaron en sus reconditeces, los signos clásicos de la rabia. El caso era realmente extraordinario, por cuanto la literatura clínica casi no registraba un hecho parecido, motivo por el cual se había dejado en paz, hasta nuestros días, a tan arrogante como difundida ave, en lo que a esa temible enfermedad se refería. Pero la observación no era de aquellas que debían echarse en saco roto y, por consiguiente, fué recogida inmediatamente por los conocidos profesores del Instituto Pasteur de París, Remlinger y Bailly, quienes tomaron sobre sí la paciente tarea de realizar una serie de experiencias que permitieran conocer el alcance de la pista denunciada. Y es así, por obra de tan esclarecidos investigadores, que podemos conocer hoy algunos interesantes pormenores acerca de tan curioso asunto (1).

La parte vulnerable, el gran portalón por donde se cuela preferentemente la infección en aquel gallardo plumífero, es por su apéndice más decorativo y visible: la cresta. Y cuando el misterioso agente de la rabia

consigue cumplir sus nefastos designios y se hacen visibles las huellas claras de su obra, el gallo puede perdurar en este estado, con ciertas intermitencias durante un tiempo que varía en grado sumo, difiriendo así de los casos que afectan a otras especies de animales, en los cuales los sujetos perecen casi constantemente, dentro de un término de dos o tres días, después de haber aparecido los síntomas del ataque. Parece ser aquélla, pues, una característica del volátil mentado y que viene a aumentar el peligro que ofrece su contacto, si consideramos que puede convertirse en una verdadera fuente de contagio que, en algunos casos, se conserva en estado crónico. Otra curiosa modalidad, es la de que las aves que nos sirven de tema, pueden curar espontáneamente de tal enfermedad, cosa que tampoco ocurre con los animales atacados de especies distintas, los cuales—por lo menos dentro de lo que nos dicen los conocimientos modernos—están fatalmente condenados a morir.

En cuanto a las formas en que se presenta la rabia en los gallos son, en general, las comunes a los mamíferos, vale decir: furiosa y paralítica. En el primero de esos estados, presenta aquél síntomas que le son particulares, entre los cuales merecen citarse las crisis encefálicas provocadas, algunas veces, por la sola presencia de un congénere; la imposibilidad de deglutir los líquidos; las extrañas y diversas modulaciones de sus gritos, que se parecen, en algunos casos, al croar de las ranas y, en otros, a un verdadero clamor angustioso. En estas condiciones, el animal agudiza su innata propensión bélica y exalta su agresividad hasta tal punto, que ataca a todo ser viviente que se encuentre a su alcance, convirtiéndose así en una verdadera fiera. Con muy poco esfuerzo puede uno imaginarse cuál será la actitud de uno de esos volátiles, de procedencia inglesa, de congénita y cultivada ferocidad en estado normal, si llegara a contaminarse de rabia. Desde luego, que este dato no será desperdiciado por el numeroso gremio, cauteloso y embozado, que se dedica a la cría y perfeccionamiento de los inquietos seres que figuran como únicos e irresponsables actores en el más popular de los deportes filipinos: la riña de gallos, quienes desearán, cada cual para su presunto campeón, "una buena rabia". Pero estos señores que, por lo general, pasan la vida auscultando, palpando y contemplando con tierna y húmeda mirada al objeto de sus afanes, verán desteñirse sus maternales entusiasmos cuando sepan que este "niño" con un certero picotazo puede trasmitirles la infección rábica, con tanta eficacia como la dentellada del más atorrante de los perros. Porque ha de saberse que el peligro de contaminación al hombre no es ilusorio, ni poco menos: es real y positivo.

Y para que no se nos tilde de adelantar una afirmación caprichosa o exagerada, transcribimos textualmente lo que al respecto dicen los autores que comentamos: "...toda persona víctima de un ataque de esa es-

---

(1) "Annales de l'Institut Pasteur", Febrero de 1929.

pecie ("coup de bec") obrará prudentemente si resuelve someterse al tratamiento antirrábico".

A pesar de esta prevención, razonable y sugestiva, no abrigamos ilusión acerca de la influencia en la represión de tan absorbente pasatiempo; pero alimentamos la vaga y oscilante esperanza de que, por lo menos, esos cultores de la clandestina y dos veces peligrosa afición adopten, en adelante, prudentes y acertadas precauciones, antes de "alzar el gallo", si es que quieren evitarse desagradables contingencias.